

## APUNTES sobre CRISTO, JUSTICIA NUESTRA-9

### Primer y postrer Adán Infancia de Cristo Sin salvación para el Salvador

LB, 29/5/2020

#### PRIMER Y POSTRER ADÁN

**Rom 5:14:** Adán ... es figura del que había de venir [Cristo].

La Biblia presenta a Cristo como al postrer Adán (Ellen White lo llama segundo Adán). **Romanos 5:12-21** establece una comparación entre Adán y Cristo, a quien se llama postrer —o segundo— Adán.

Cuando Adán y Eva pecaron, ellos eran toda la raza humana, de forma que su acción afectó a toda su descendencia. Si Cristo no se hubiera interpuesto, habría perecido toda la raza humana allí mismo y aquel mismo día.

Adán era una figura de Cristo, en quien “Jehová cargó ... el pecado de **todos nosotros**”, “quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (**Isa 53:6** y **1 Ped 2:24**). “De la misma manera” en que la acción de Adán nos afectó a “**todos nosotros**”, así también la de Cristo.

“**Nuestros pecados**” no es algo que se pueda identificar espacialmente y separar de nosotros, de forma que se puedan tomar nuestros pecados sin tomarnos a nosotros. Así, cuando Cristo “**llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo**”, lo que hizo es tomarnos *a todos nosotros* (con nuestros pecados) e incluirnos en su muerte y en su justicia. En Cristo estamos justificados en un sentido legal, objetivo; no porque no hayamos pecado, sino porque *en él* ya está pagada la pena del pecado: la muerte eterna.

**Rom 6:7:** El que ha muerto, ha sido justificado del pecado.

¿Murió Cristo por nosotros de forma *vicaria*, para que nosotros podamos seguir pecando y ser librados de la paga del pecado, que es la muerte? No: Cristo murió de forma *identitaria*, de forma que “**los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?**” (**Rom 6:2**).

Podemos rechazar esa realidad, esa identidad, o podemos aceptarla, pero el hecho cierto es que de la misma forma en que la condenación en Adán

ha afectado a **todos**, la gracia en Cristo *se ha dado* a **todos** y cada uno, sin importar la gravedad o cantidad de pecado que acumule su vida. A Cristo, “**Salvador del mundo**”, le deben **todos** el privilegio de vivir, el de poder elegir, el de haber recibido la fe (**Rom 12:3**) y la atracción con la que Cristo atrae a cada ser humano que viene a este mundo (**Juan 1:9 y 12:32**).

Resumiendo: lo que hizo Adán afectó a toda la humanidad, y lo que hizo el postrer Adán —Cristo—, afectó a toda la humanidad. Él dio vida y libertad a cada uno para elegir si se atiene a la condenación en Adán, o a la justificación de vida en Cristo. Adán fue “**figura**” de Cristo debido al alcance universal de lo realizado por uno y por otro.

Pero en años recientes, para esa “**figura**” se ha propuesto una reinterpretación que es sólo posible apartándose del significado directo del texto.

El razonamiento es el siguiente: ‘Puesto que lo que *hicieron* Adán y Cristo es precisamente lo opuesto —en eso no hay comparación posible sino contraste—, la comparación se debe buscar (más bien rebuscar) en la *naturaleza* con la que vinieron Adán (antes de la caída) y la que tomó Cristo’. Queda así “**demostrado**” que Cristo tomó la naturaleza de Adán previa a la caída...

¿Se llegó a esa conclusión a partir de un estudio del texto? ¿O se fue al texto a partir de la necesidad de justificar esa opinión?

“**Debe enseñarse al estudiante de la Biblia a acercarse a ella con el espíritu del que aprende. Debemos escudriñar sus páginas, no en busca de pruebas que apoyen nuestras opiniones, sino para saber lo que Dios dice**” (*ED*, 170.2).

“**Los hombres caen en el error al partir de premisas falsas y al esforzarse luego para que todas las cosas hagan aparecer el error como verdad**” (*7 TI*, 172).

¿Es necesario reinterpretar el texto de esa forma, cuando esa escritura no aporta absolutamente ningún elemento, ni siquiera un indicio, respecto a una comparación entre las *naturalezas* recibidas por Adán y por Cristo?

Pero esa nueva interpretación es aun más sorprendente teniendo en cuenta que *el texto dice explícitamente* en qué consiste la comparación. ¿Qué puede hacer que se ignore o rechace lo que el texto afirma lisa y llanamente? —La tiranía que impone la noción agustiniana de que el

pecado no es una elección (**1 Juan 3:4**), sino la fatalidad de un estado recibido por nacimiento (naturaleza), como si Dios no hubiese hecho ya nada por toda la humanidad en el don de su Hijo desde el mismo momento en que el pecado entró en el mundo. El fallo en reconocer esto último es lo que impide entender lo que el texto dice en su sencillez y claridad.

No se ha captado el mensaje de **Romanos 5:12-21** porque no se ha comprendido la gracia, el evangelio *objetivo* anterior a la decisión humana; porque no se ha comprendido la realidad de la “atmósfera de gracia” con la que Dios ha rodeado al mundo en el *don* de su Hijo; porque se ha comprendido de forma limitada (arminiana) el evangelio, viendo en él, no un *don*, sino una mera *oferta* posible, y una oferta posible no se puede comparar con el efecto universal resultante de la transgresión de Adán.

Según esa visión, lo que hizo Adán afecta *ineludiblemente* a todos los hombres; pero lo que hizo Cristo, el segundo Adán, afecta solamente a los que crean. Al hacer la comparación de esa manera, se violenta el texto, que dice: “*de la misma manera*”. Si es de la misma manera, no cabe que en el caso de Adán sea mediante una *fatalidad ineludible*, mientras que en el caso de Cristo sea sólo mediante una *decisión posible*.

**Rom 5:18: Como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, DE LA MISMA MANERA por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida.**

Como ... todos ... de la misma manera ... todos: es claro que la comparación no tiene relación alguna con la naturaleza de Adán y de Cristo por creación o por herencia/nacimiento (creación y nacimiento tampoco resultan comparables), sino con lo que *hizo* cada uno de los dos; específicamente con el *efecto* de sus respectivas *acciones*, “*transgresión*” y “*justicia*” respectivamente. En eso son comparables Adán y Cristo: en que lo que *hizo* Adán afectó a todos los hombres, y lo que *hizo* Cristo también afectó a todos los hombres: “*de la misma manera*”. ¿Es tan complicado leer el texto, aceptando que quiere decir lo que dice y que dice lo que quiere decir?

Ante un mensaje tan diáfano, ¿cómo se ha podido llegar a suponer que la comparación esté en la naturaleza recibida por uno y otro, donde tampoco hay similitud sino disparidad (creación ≠ nacimiento)? Lo inverosímil de ese razonamiento evidencia la desesperación de quienes pretenden justificar

bíblicamente una doctrina cuyo origen no está en la Biblia, sino en el romanismo medieval que perseguía la Biblia y a sus lectores.

Veamos si el texto habla de *naturaleza* recibida, o de *acciones* realizadas:

- Vers. **12**: Uno introdujo el “pecado”, y el otro la “reconciliación”. Ambas cosas se introdujeron mediante acciones; no mediante naturalezas.
- Vers. **15**: Uno fue el protagonista de la “transgresión”, el otro de “la gracia y el don”. Ni uno ni otro se pueden referir a naturaleza recibida por nacimiento o por creación.
- Vers. **16**: Uno introdujo el “pecado”, trayendo así el “juicio” (de condenación), y el otro, a partir de las muchas transgresiones, trajo la “gracia” para “justificación”. Ni Adán trajo el pecado mediante la naturaleza que recibió al ser creado, ni Cristo trajo la gracia y la justificación mediante una naturaleza como la de Adán cuando este fue creado (con una naturaleza como esa no habría podido morir).
- Vers. **17**: La “transgresión” de uno hizo que reinara la “muerte”, mientras que Jesucristo hizo reinar la “vida” mediante la “abundancia de su gracia” en el “don de la justicia”.
- Vers. **18**: Adán, por una “transgresión”, trajo juicio de condenación a *todos* los hombres; Cristo, por una “justicia”, trajo a *todos* los hombres la justificación que produce vida.
- Vers. **19**: La “desobediencia” de uno constituyó pecadores a los muchos, mientras que la “obediencia” del otro constituirá justos a los muchos. La acción de uno y la del otro repercuten igualmente en los “muchos”.

Es bien significativo que esa teología que se nos propone, vea “diferencia” allí donde la inspiración expresa “**semejanza**” (**Rom 8:3, Heb 4:15 y 2:17, Fil 2:7**) —al comparar la naturaleza que Cristo tomó con la nuestra—, y sin embargo vea semejanza al comparar la naturaleza que Cristo tomó en su encarnación con la de Adán anterior a la caída. El Espíritu de profecía no ve ahí *semejanza*, sino justamente *contraste*:

“¡Qué **contraste** el del segundo Adán cuando fue al sombrío desierto para hacer frente sin ninguna ayuda a Satanás! Desde la caída, la raza humana había estado disminuyendo en tamaño y en fortaleza física, y hundiéndose más profundamente en la escala de la dignidad moral, hasta el período del

advenimiento de Cristo a la tierra. Y a fin de elevar al hombre caído, Cristo debía alcanzarlo donde estaba. Él tomó la naturaleza humana y llevó las debilidades y la degeneración del hombre” (1 MS, 314).

Forzar la escritura haciéndole decir lo que no dice, o incluso lo contrario a lo que realmente dice, se traduce en las pésimas nuevas propias de la teología agustiniana que siempre ha defendido el anticristo: ‘El pecado es más poderoso que la gracia: naturaleza caída equivale a pecado’. Ese evangelio no glorifica el poder de Dios, sino el de Satanás.

Es realmente difícil imaginar peores nuevas que esas. Esa mentalidad considera lo que hizo Satanás mediante Adán “mucho más” determinante para la humanidad, que lo logrado por Cristo. Hasta tal punto resulta entonces que el pecado es más poderoso que el Espíritu Santo, que a fin de que Cristo pudiera vencer al pecado, tuvo que tomar una naturaleza diferente y ventajosa respecto a la nuestra: tuvo que darse una transgresión divina en la ley de la herencia, una exención (de la que tampoco informa la Biblia); tuvo que haber una trampa en el nacimiento de Jesús, según la cual, nacer “de mujer”, ser hecho “bajo la ley” (Gál 4:4) no fue más que una apariencia. Eso acomoda el pecado y anula toda esperanza de que podamos experimentar la victoria sobre el pecado en nuestra naturaleza caída.

En contraste, la verdad de ese pasaje de la Biblia *tal cual está escrito*, son muy buenas nuevas: lo logrado por Cristo es “mucho más” (vers. 15) que lo malogrado por Adán. “Cuando el pecado abundó, *sobreabundó* la gracia”, de forma que el mundo vive en una atmósfera de gracia, y todo el que crea conocerá la victoria en su naturaleza caída: la misma en la que venció Cristo, a quien “no le había sido dado poder divino en una forma diferente a como nos es dado a nosotros” (EGW, 7 CBA, 936-937). Debido a eso pudo decir lo que leemos en Apocalipsis 3:21: “Al que *venciere como yo he vencido*”.

Un error de concepto ha contribuido a que se encuentre en “Adán” la gran justificación para la doctrina —extrabíblica— de una naturaleza humana en Jesús exenta de la degradación moral que se atribuye a la nuestra: se ha asumido erróneamente que “Adán” *equivale a naturaleza humana previa a la caída*. En contraste, esta es la comprensión del Espíritu de profecía:

“¡El Rey de gloria dispuesto a humillarse descendiendo hasta el nivel de la **humanidad caída!** Colocaría sus pies en las pisadas de **Adán**. Tomaría la **naturaleza caída** del hombre y entraría en combate...” (EGW, 1 CBA, 1099).

## INFANCIA DE CRISTO

La enseñanza pagano-católico-evangélica introducida subrepticamente desde 1950 en el adventismo —la “nueva marca”—, incluye la idea de que ‘Cristo tuvo que tomar una naturaleza singular, diferente y superior a la nuestra, ya que en caso contrario habría pecado al manifestar las reacciones temperamentales que son comunes en los niños’.

Esa es una inferencia, un razonamiento humano y no una enseñanza bíblica. Idéntico reparo podría hacerse, no sólo referido a la infancia, sino a cualquier otro período de la vida de Jesús. ¿Debió ser menor la presión para que perdiese el control de sí al ser traicionado, injuriado, abofeteado o escupido, que en su infancia? ¿Alguien puede demostrar que los adultos sean menos dados a reacciones temperamentales descontroladas que los niños? ¿Son los adultos menos dados a la malicia, la sospecha, el orgullo, la venganza, etc. que los niños? El “problema” que tienen los niños es su incapacidad para disimular, para fingir. No han aprendido como nosotros a mostrar una apariencia apacible mientras las pasiones se agitan sin control en la mente. La noción (agustiniana) de la depravación total de la naturaleza humana desde el nacimiento —no sólo debilidad, sino pecado— ha privado de significado a declaraciones como estas:

**Mat 18:10:** *Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos.*

Jesús no pudo decir lo mismo de nosotros, los mayores.

**Mat 18:3:** *De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.*

Parece que la naturaleza humana caída recibida por nacimiento no es el gran obstáculo para entrar en el reino de los cielos, como tampoco el gran pretexto para acomodar el pecado continuado. La *elección*, no el modo en que se nace, es lo determinante:

**Mar 16:16:** El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.

“En el día del juicio final, cada alma perdida comprenderá la naturaleza de **su propio rechazo de la verdad**. Se presentará la cruz, y toda mente que fue cegada por la **transgresión** verá su verdadero significado. Ante la visión del Calvario con su Víctima misteriosa, los pecadores quedarán condenados. Toda excusa mentirosa quedará anulada. La apostasía humana aparecerá en su odioso carácter. Los hombres verán lo que fue **su elección**” (DTG, 40).

La inspiración no nos presenta la infancia de Cristo como inimitable, como quedando excluida de aquello en lo que él fue un ejemplo para todo niño:

“Mediante el Espíritu Santo [María] recibió sabiduría para cooperar con los agentes celestiales en el desarrollo de este niño que no tenía otro padre que Dios” (DTG, 49).

“Las mismas palabras que él había hablado a Israel por medio de Moisés, le fueron enseñadas sobre las rodillas de su madre” (Id, 50).

“Él adquirió saber como nosotros podemos adquirirlo; su conocimiento íntimo de las Escrituras demuestra cuán diligentemente dedicó sus primeros años al estudio de la Palabra de Dios” (Id, 51).

“Así se revelaba a Jesús el significado de la Palabra y las obras de Dios, mientras trataba de comprender la razón de las cosas que veía [en la naturaleza]” (Id).

“Todo niño puede aprender como Jesús” (Id).

“Estuvo sujeto a todos los conflictos que nosotros tenemos que arrostrar, a fin de sernos un ejemplo en la niñez, la adolescencia y la edad adulta” (Id, 52).

“Ningún hijo de la humanidad tendrá que llevar una vida santa en medio de tan fiero conflicto con la tentación como nuestro Salvador” (Id).

“No empleaba su poder divino para disminuir sus cargas ni aliviar su trabajo” (Id, 53).

“Fue perfecto como obrero, como lo fue en carácter. Por su ejemplo nos enseñó que es nuestro deber ser laboriosos, y que nuestro trabajo debe cumplirse con exactitud y esmero” (Id).

“A nosotros se nos ofrece la gracia que recibió él” (Id, 54).

“Jesús es nuestro ejemplo. Son muchos los que se espacian con interés en el período de su ministerio público, mientras pasan por alto su enseñanza de sus primeros años” (*Id*, 55).

Las declaraciones precedentes se encuentran en el capítulo de *El Deseado* que Ellen White dedicó a la infancia de Cristo.

¿Debemos concluir que no hubo una diferencia entre Jesús y el resto de los niños? —La hubo, pero no estuvo en el terreno de la *naturaleza* humana recibida, sino en el de sus *decisiones* (carácter).

El Espíritu Santo no puede guardarnos de pecar *antes* que hayamos conocido a Dios y a su Hijo Jesús, antes de haber recibido con provecho su gracia, antes de tomar la *decisión* de someternos y entregarnos a él. Para cuando tomamos esa decisión informada de entregarnos a Cristo, ya hemos cumplido los deseos de nuestra naturaleza caída: ya hemos pecado. Sucede eso mismo si nuestra decisión fluctúa o decae tras habernos entregado a él: vuelve a reinar el pecado (**2 Ped 1:10**).

La “*ley del pecado*” (**Rom 8:2**), que es una *ley* —*NO un pecado*, sino una fuerza comparable a la fuerza de la gravedad—, actúa ya antes que nos entreguemos a Cristo, momento en que “*la ley del Espíritu de vida en Cristo*” (*Id.*) nos guarda, haciendo que andemos, no “*conforme a la carne, sino conforme al Espíritu*” (**Rom 8:4**). Esta “*ley*” —del Espíritu— nos libra de la ley del pecado, por la razón de que el Espíritu Santo es más poderoso que la “*carne*”, o “*ley del pecado*”. Pero “*la ley del Espíritu*” no puede actuar sin nuestro consentimiento previo, sin nuestra elección.

En este punto hay una diferencia entre nuestro caso y el de Jesús, pero dicha diferencia no está en la *naturaleza* humana que tomó, sino en su decisión, en el terreno del *carácter*. Así nos informa la Escritura:

**Heb 10:5-9**: Por lo cual, **entrando en el mundo** dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; Mas **me preparaste cuerpo**. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que **vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad**, como en el rollo del libro está escrito de mí. Diciendo primero: Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley), y diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último.



Ese precioso texto nos da el privilegio de contemplar la escena sublime y trascendente del diálogo entre Dios Padre y su Hijo antes que este entrara “en el mundo”, antes de tomar nuestro “cuerpo”, antes de su encarnación. Dios Hijo tomó ya entonces **la decisión de someterse al Padre** (como Hijo): “Vengo ... para hacer tu voluntad”, quita lo primero (el *tipo*, los sacrificios de animales), para establecer lo segundo (la encarnación del Hijo de Dios como sacrificio supremo: el *anti-tipo*).

La decisión que tomamos al convertirnos —al darse el nuevo nacimiento— nuestra respuesta a la gracia y nuestra entrega a Dios y a la dirección del Espíritu Santo, son pasos que él había dado ya *antes de venir a este mundo*, pues Cristo existía por la eternidad previamente a la encarnación.

Se podría decir que el niño Jesús, respecto al área moral (carácter), estaba en una situación comparable a la del cristiano convertido; es decir, bajo la guía y protección del Espíritu Santo. Recuérdese que *la naturaleza recibida por nacimiento —la “carne”— no cambia; no se convierte ni mejora en el nuevo nacimiento*. Cuando nos bautizamos, ni se bautiza Satanás, ni queda nuestra naturaleza pecaminosa en el fondo del baptisterio.

Cristo, aunque fue “del linaje [spermatos] de David según la carne”, no obstante era “Hijo de Dios ... según el Espíritu” (Rom 1:2-3). Por así decirlo, cuando Jesús nació en *carne* en Belén, ya había “nacido” del *Espíritu* con anterioridad.

El contraste y paralelismo es más evidente en el original griego:

- Del linaje de David *según la carne* (kata sarka).
- Hijo de Dios *según el Espíritu* (kata pneuma).

Si la diferencia entre Cristo y nosotros hubiera estado en una naturaleza distinta, superior, exenta en algún particular respecto a la nuestra, eso habría significado para nosotros un condicionante ineludible y permanente, que se hubiera traducido en la imposibilidad de vencer al pecado como él; pero no estando la diferencia en la naturaleza humana que tomó, sino en el terreno de las elecciones (carácter), está a nuestro alcance responder a Cristo y ponernos bajo la guía y protección del Espíritu Santo desde nuestro nuevo nacimiento. Es cierto que ya hemos pecado previamente —no por nacer, sino por nuestras elecciones—, pero en virtud de la sangre derramada por su Hijo, Dios ha puesto a nuestra disposición un tipo de gracia para el perdón que nunca estuvo disponible para Jesús.

Esa es la razón por la que no se nos exhorta a que tengamos la “carne” que Cristo tomó (ya la tenemos), sino a tener la “mente de Cristo” (Fil 2:5). Y no es un imposible: “Nosotros tenemos la mente de Cristo” (1 Cor 2:16).

“Por lo tanto, puesto que Cristo padeció por nosotros *en la carne*, haya en vosotros *la misma mente*, ya que Aquel que padeció en la carne, cesó de pecado, a fin de que vivamos el resto del tiempo **en la carne, no según los deseos de los hombres**, sino según la voluntad de Dios” (1 Ped 4:1-2).

Podemos —y debemos— vivir “en la carne” sin ser “carnales”, sin seguir los deseos de la carne, sino la dirección del Espíritu.

Consideremos desde otro punto de vista este texto:

**Mat 18:3:** Si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.

Cristo puso a un niño —con su naturaleza caída— como modelo del cristiano que aspira a entrar en el reino de los cielos. No sólo eso:

**Mat 11:25:** Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y **las revelaste a los niños**.

¿Dónde radica esa capacidad de los niños para comprender lo que está “escondido” para los sabios y entendidos? —Precisamente en no estar cargados de preconceptos por no haber sido educados entre mandamientos de hombres. Leemos respecto a Juan Bautista:

“En el orden natural de las cosas, el hijo de Zacarías habría sido educado para el sacerdocio. Pero la educación de las escuelas rabínicas lo habría arruinado para su obra. Dios no lo envió a los maestros de teología para que aprendiese a interpretar las Escrituras. Lo llamó al desierto para que aprendiese de la naturaleza y del Dios de la naturaleza” (DTG, 76).

Haz leer a un niño este texto: “Como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida” (Rom 5:18). ¿Crees que entenderá que esa escritura está diciendo que el primer “uno” y el segundo “uno” vinieron ambos en una naturaleza no caída?

Hazle leer estos dos textos al niño y pídele que los relacione:

- Cada uno es tentado, cuando de su propia pasión es atraído y seducido (Sant 1:14).

- [Cristo] fue tentado en todo según nuestra semejanza (**Heb 4:15**).

¿Entenderá que Cristo NO “fue tentado en todo según nuestra semejanza”?  
 ¿Entenderá que NO fue tentado como “cada uno es tentado” (mediante la atracción y seducción “de su propia pasión”)?

Hazle leer **Romanos 8:3** (o **Filipenses 2:7**). ¿Entenderá el niño que “semejanza” (de carne de pecado) significa “diferencia”, a menos que el “rabino” le haya aleccionado a tal efecto? ¿Entenderá el niño que “semejanza de carne de pecado” se aplica a la situación de Adán antes de pecar?

“Desde sus más tiernos años, el niño judío estaba rodeado por los requerimientos de los rabinos ... Los maestros de la sinagoga instruían a la juventud ... pero Jesús no se interesaba en esos asuntos. Desde la niñez actuó independientemente de las leyes rabínicas ... Las Escrituras del Antiguo Testamento eran su constante estudio, y estaban siempre sobre sus labios las palabras: ‘Así dice Jehová’” (DTG, 64).

“[el niño] Jesús estaba dispuesto a escuchar toda palabra que procede de la boca de Dios; pero no podía obedecer a lo inventado por los hombres” (Id, 65).

Pide al niño que lea **Hebreos 2:14-17**: Por cuanto **los hijos** participaron de carne y sangre, él [Cristo] también participó de **lo mismo** ... debía ser **en todo** semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo.

¿Entenderá el niño que Cristo tenía que disfrutar de exenciones respecto a sus hermanos a fin de poder ser un fiel sacerdote y expiar los pecados?

### **SIN SALVACIÓN PARA EL SALVADOR**

‘Si Cristo hubiera tomado nuestra naturaleza caída, habría necesitado él mismo un salvador’, oímos decir. Hace años nos habíamos de defender de esa acusación por parte de las iglesias caídas. Hoy la oímos más cerca.

Sólo puede hacer esa acusación quien alberga alguna forma de la doctrina agustiniana del pecado original, según la cual, *naturaleza humana caída equivale a pecado*. Si fuera cierto, tomar nuestra naturaleza caída habría

hecho a Cristo un pecador culpable y necesitado de un Salvador, ya que según la doctrina de Agustín habría habido pecado en Cristo. Ese razonamiento incluye el error básico de asumir que aquello que uno recibe por nacimiento es lo que contamina moralmente y condena. El caso de Cristo demuestra la falsedad de esa conclusión:

“Pensad en la humillación de Cristo. Tomó sobre sí la **naturaleza caída y doliente del hombre, degradada y contaminada por el pecado**” (4 CBA, 1169).

Sin embargo,

“Mientras caminaba en medio del pecado, era santo, inocente, **incontaminado**” (*Id.*).

Leemos en **2 Cor 5:21**: **Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él.**

El Padre “**hizo pecado**” a Jesús debido a cargar en él “**el pecado de todos nosotros**” (**Isa 53:6**).

¿Fue Cristo un pecador por el hecho de haber sido hecho pecado? Alguien protestará, aduciendo que fue *sólo en la cruz* cuando Cristo fue hecho pecado. De ser así, el problema sigue en pie: ¿fue Cristo un pecador *en la cruz* por el hecho de haber sido hecho pecado? Evidentemente, no lo fue.

Pues bien: si ser “**hecho pecado**”, si llevar nuestros pecados en la cruz no lo hizo un pecador, lo mismo cabe decir de otro período cualquiera de su vida en esta tierra.

Quizá sea interesante ver cuándo fue Cristo “**hecho pecado por nosotros**”:

[En el desierto de la tentación] “**tomó la naturaleza humana y llevó las debilidades y la degeneración del hombre. El que no conoció pecado, fue hecho pecado por nosotros**” (*Confrontation*, 33).

Esta cita también se refiere a las tentaciones de Cristo en el desierto:

“**Llevando sobre sí el terrible peso de los pecados del mundo**, Cristo resistió la prueba del apetito, del amor al mundo y del amor a la ostentación que conduce a la presunción” (*DTG*, 91).

Quizá el error más elemental de la afirmación: ‘Si Cristo hubiera tomado nuestra naturaleza caída, habría necesitado él mismo un salvador’, radica en la suposición de que Cristo *se salvó*:

“Cristo podía haber descendido de la cruz, pero por el hecho de que **no quiso salvarse a sí mismo** tiene el pecador esperanza de perdón y favor con Dios” (DTG, 696).

En el Calvario no se presentó ningún ángel como el que detuvo la mano de Abraham cuando iba a sacrificar a su hijo Isaac, ya que el “cuchillo” que en el Calvario inmolaba a Cristo fueron nuestros pecados: los míos, los tuyos, los de todo el mundo. Si Cristo hubiese preferido salvarse, no nos podríamos haber hecho ninguna pregunta, ya que no existiríamos.

**2 Cor 8:9:** Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.

[www.libros1888.com](http://www.libros1888.com)